

Dos proposiciones están tentando a Widmann en su nueva etapa. Una de ellas es la representación austeramente sintética, hasta extremos sangrantes, del motivo de sus cuadros. Apenas una o dos zonas de colores y en algún punto de ellas, un detalle: la carpa, la lancha. Son visiones de prolongadas perspectivas, inmensas soledades, playas o mar, donde el horizonte parece estar escondido detrás del mismo cuadro, y todo se reduce a la presencia del suelo inmenso, del agua hacia el fondo o del cielo descargándose implacable sobre la visión, destruyendo todo lo accesorio. Todavía más: parece que todo ello ocurriera en el límite mismo donde termina la soledad y abre compuertas de una pavorosa continuidad. Peligrosa actitud, porque es el grado tenso del solista, con la orquesta detenida detrás, en el momento en que se espera anhelante la nota culminante. Que si el virtuoso no la produce, todo se desmoronará en el fracaso más es-treudoso.

Widmann llegó con esa manera a un punto en el cual estaba propenso a vivir la taumaturgia de la abstracción. Eliminando con tanta violencia todas las referencias subsidiarias figurativas, quedándose con lo indispensable. De pronto parecería que también eso, lo indispensable, pudiera ser suprimido, porque el cuadro ha creado su propia vida vegetativa, con existencia independiente.

Ya no debe ser un misterio ni tampoco un secreto guardado con llaves de originalidad. Cualquiera de sus cuadros da la clave para su labor inmediata. Y es eso: Widmann ha suprimido hasta lo indispensable de las referencias objetivas. Y entra a otro reino donde el color es una mancha que lo absorbe todo. Cambia totalmente su aplicación de la materia, y recurre a la texturación fuerte, acaso mezclando arenas u otros materiales. Una mancha total, oscura, se extiende por la tela hasta adquirir esa preeminencia absorbente en la que el color por sí solo se convierte en el tema. Los otros detalles son accesorios: contornos, marco, posición. Ha ocurrido lo que presumiblemente tenía que ocurrir. Decantando el paso de los movimientos pictóricos, Widmann extrae de ellos lo que esencialmente ha quedado de la experiencia. Y entonces inicia el nuevo proceso. Un proceso que lo llevará a mostrarnos qué hay todavía más allá de la soledad, de la soledad de sus cuadros de ayer nomás.

La pintura de Widmann de entonces —hasta ayer nomás— ponía vallas de prudencia a las nuevas corrientes. Widmann supo mantenerse aferrado a sus convicciones, que sentía firmes, y dejó pasar frente a su puerta sin seguirla esas expresiones.

Este aspecto de la vida de Widmann tiene ahora su explicación y, más que ello, su justificación. Porque la producción actual se abre hacia esos caminos estéticos, ya no teóricos sino esenciales, que otros no supieron comprender y aprovechar en toda su intensidad.